

POESIA

Biel el Marino

Pedro René Contín Aybar

*Un amante es un amigo en el
que se siente algo divino
Platón*

Citado por André Gide

LO CONOCI junto al mar Oros y azules, y violetas y naranjas trascendían de su cuerpo a las aguas y al horizonte. Y blancos y rosas de sonrisas y de olas parecían hermanados. Olía a libertad. Era un canto vibrante y amplio. Era como el mar.

Hablaba y su voz, cálida y sonora, semejaba un caracol resonando, una campana sumergida, misteriosa y lejana que acercaba a mis oídos realidad y fantasía: Hueco de piratas su boca fresca, ungián las palabras de ese atrayente encantamiento de las historias donde fabulosos monstruos marinos embrujan a los humanos y los hacen dueños de tesoros inimaginables, a cambio de su vida terrestre, prisioneros de las hondas aguas oceánicas, pero reyes de peces y de corales y de perlas y de algas.

CONVERSABAMOS en la playa bajo los almendros. Su penetrante mirada móvil descubría las rojos y doradas frutas en su nido de hojas, saltaba al árbol y, seguido, sangraba entre sus dientes la almendra, mientras, sonriente, reanudaba su plática conmigo:

—Mi bote era el más lindo bote que jamás se

ha visto. Un día, aprovechando una marejada fuerte, lo hice zozobrar en altamar, para que se asustase mi padre. Yo nadaba en círculo, dando pancadas para ahuyentar los tiburones. Mi padre, subido en la quilla volcada, me pedía que fuera con él. Yo reía: Al fin, alguna vez había visto aquel viejo temblando. Las fibras de su corazón se partían como se ripian las espumas al chocar con las rocas ¡y era por mí, señor, por quien sentía miedo! ... Me quería. Indudablemente me quería.

Se le opacó la voz. Sus negros ojos encendieron fuegos extraños y se lanzaron a correr confines, alas de huracán y sombras de silencio.

AQUELLA CRIATURA, semisalvaje, me atraía por su candor y por su fortaleza. Carne donde morder y campo para sembrar.

Nadando era un pez. Saltando al agua, un albatro. Surgiendo de las ondas caminaba a la playa como un soberano en el salón de su corte y al salir, desnudo, se desprendía de sus hombros el mar, manto de su realeza y poderío.

Una ola venía a lamerle el pie. En su enmarañada cabellera, pajón de algas, rutilaba la espuma. Apoyaba la barbilla en su mano entrecerrada y todo su cuerpo, bruñido de sol, respiraba alegría y sanidad y belleza.

PENSABA EN EL como de algo extraordinario. Renacía la edad dorada a su arrimo, su frescura, la seguridad de sus maneras, lo vivas y extrañas de sus observaciones, aquel aire de ensueño que lo rodeaba, le aseguraba un trato distinto, un sentido de asombro, una decidida admiración.

Sus mismos compañeros, jóvenes como él y como él audaces, ligeros y vibrantes, sentían la superioridad de sus maneras, su indiscutible hermosura

Cuando, en la playa, se apartaba conmigo, ellos pasaban y lo saludaban con gritos alegres;

— ¡Hey, Biel!

— ¡Bul, Biel!

Y el les respondía diciendo:

— ¡Hey! ¡Bul!

Y seguía su plática sencilla, murmullos de olas y batir de vientos.

Inspiraba fervorosa simpatía. Inconscientemente le rendían pleitesía cuantos le trataban y con palabras y con miradas, ibanle tejiendo cercos de cariño. Lo amaban.

—NO ME GUSTA la tierra. No es buena. Mire, en el mar! ¡juno sí goza!

Al decir una frase así, su alma corría presurosa, a hundirse en el mar, estuviésemos donde estuviésemos. Yo sentía que se marchaba a esconder sus secretos en los ojos de los peces insonnes y a enriquecer su fantasía con las raras luces de los fondos oceánicos donde él tenía morada legendaria.

Había sido pirata alguna vez. Fue un aventurero lusitano. Corría por sus venas sangre de vino de Oporto quemada por el duro incentivo de los soles tropicales. La sed de espacio lo enfebrecía, incitándolo al movimiento.

Entonces retornaba al mar, y nadando, zambullendo, flotando, quietaba sus nervios tensos, jarcias de maravilla que al embiste de los vientos cantaban

—TENGO QUE SER MARINO, repetía con tenaz ritornelos.

—Ahora es peligroso, a causa de la guerra, arguía yo, por la angustia de perderlo.

—No importa, replicaba. No pasa nada. En el mar no pasa nada malo. Y si sucede, pues me quedo ahí o me devoran los tiburones. Lo que yo detesto es cruzarme de brazos. No poder escuchar reventándome los oídos el bufar de los vientos y las olas. Y andar. De aquí para allá. Por los caminos sin caminos de las ondas. Usted ¿no ha estado nunca embarcado mucho tiempo? Entonces sí es uno feliz. Parecen las estrellas rosas, abriéndose al alcance de las manos. Y la luna es un tambor para tocarlo. Y el sol, una burbuja de miel ¡grande! , que va en enmielando el cielo y el mar y el aire

UNA DE LAS PRIMERAS VECES que nos encontramos, por inquirir algo concreto de su vida, le pregunté:

—¿Qué haces? ¿Estudias? ¿Trabajas?

—Ahora no hago nada, respondió.

—¿Y antes? , insistí.

—Antes era Capitán. Capitán de mi bote, dijo riendo

DESPUES DE CONVERSAR un rato (yo bebía sus palabras, maceradas en la fragancia de su boca,) quedábamos en silencio, un silencio lleno de sugerimientos, de sol y de aires marinos. Y él, sueño, dulzura, murmuraba:

—Voy a jugar un rato con los muchachos, ¿quiere? Los traeré aquí en frente, para que usted se divierta. Vamos a hacer un circo de maromas. Verá cuánto gozaremos.

Su vigor y su alegría me iban royendo vanidad y sensatez. Me sentía cercano a la ternura de la infancia—hojilla recién nacida, agitar de pernezuelas, boquirrita gorjeando—llena de comprensión y de puericia mi alma, desentendida de reflexiones, curada, por la gracia del comportamiento de Biel, de angustias y de dureza.

La vida, a través de aquel limpio cristal, se ataviaba de galas, en fiesta de amor, alejada de sordas preocupaciones estériles, libre de estúpidos convencionalismos y, principalmente, sin conciencia de su belleza, produciéndose ésta por sí misma, fluencia cantarina y transparente donde la armonía del gesto era expresión de seguridad interior, simple modo de vivir espontáneo, semejante al mar y a las reacciones sutiles y naturales sin complicación de ninguna especie, de Biel, mi joven amigo.

DIJE QUE SU CUERPO era fuerte y mórbido, color de melocotón y de magníficas proporciones? La nariz, firme, aguileña, hundía los ojos zahoríes enarcados por finas cejas, de un dibujo exquisito, hechas a pincel de chinerías y la boca, duramente cerrada o entreabierta por luminosa sonrisa, era habitáculo de sabrosas delicias, morada hacia la cual enderezaba esperanzas el deseo y, seguramente, flor para despertar indefinibles ansias.

Pero él no era ni indiferente ni, con justicia vanidoso. Los elogios, expresados o implícitos, — ¡Oh miradas, oh frases apenas dichas! —, le rodeaban y, de parecida manera al árbol que bajo la lluvia esponja sus ramas y con el frescor se regocija, Biel sonreía, no más sonreía.

UNA NOCHE fuimos al cine. Yo escuchaba, a veces, su respirar, fuerte. Lo advertía removiéndose en el asiento, percibiendo su cuidado de no molestarme. Sorprendía el claror de sus dientes. Oía su fragancia de animal joven y sano.

Me alejaba yo, en el pensamiento, para ganar con la perspectiva. La traducción de los incidentes de la trama, en su espíritu adorablemente simple, me iba produciendo a mí sensaciones de inefable

bienestar. Sentía crecer a mi lado una bella planta vigorosa. Estremecerse las alas en el inicio de un vuelo a la inmensidad de lo arcano.

Unas vistas oceánicas, hermosamente tomadas, llenaron de aura marina la sala. Yo me volví a él para decirle:

—Tu mar (hecha mi voz sólo el movimiento de los labios), a tiempo que él, mirándome con brillantes ojos, lanzaba con grito contenido:

— ¡El mar!

¿Por qué no podía yo reclinar su cabeza sobre mi hombro allí, en medio a todos, sin escándalo de nadie, y acariciar en su frente los sueños que aquellas escenas producían en su alma?

NADA MAS DULCE, ninguna cosa tan agradable, como esta sensación de cariño que brota con ternura, como esta gran paz del corazón que florece para dar su aroma y crear un velo impalpable de protección al ser amado.

LE VEIA CORRER bajo la lluvia, en un paisaje gris-azul. El agua al caer sobre la arena y contra las olas, producía persistentes y numerosos chasquidos y tejían los hilos de una red entre la cual se aprisionaba Biel, delfín de plata viva que acercaba a la costa los palpitations insondables de la alta altamar.

En el marco de agua y aguas parecía más real y a un tiempo más ensueño.

La tibia melancolía iba envolviendo mi espíritu y mis pensamientos atemorizados por la lluvia — ¡oh cárcel intangible! ¡oh peso para entumecer las alas! — no movían pasos se quedaban revolando en torno a Biel, recogiendo sus gritos alegres, sus movimientos ágiles y

escondiéndose en sus tendidos cabellos hirsutos.

Vino a mí de pronto. Se acurrucó a mis pies. Me tomó una mano entre las húmedas manos, con caricia tímida y dijo:

*La lluvia pone más sabroso el baño
sabroso el baño.*

—¿Te gusta? , murmuré desde mi lejanía.

*—Sí, respondió y, después de una pausa:
aquí, con usted.*

Ráfagas de viento rodaron la lluvia hasta nosotros. Las recién lavadas hojas de los almendros, estremeciéndose, cantaban la alegría de su frescor lustroso. La línea del horizonte, sinuosa por el fuerte oleaje, estaba casi a nuestro lado. Mi melancolía enfermaba de muerte. Yo adivinaba a Biel pensando en su bote. La presión de su mano era un convite. Yo accedí, reconociendo su Capitanía. Iniciamos, bajo la lluvia, un viaje en busca del sol.

AQUELLA TARDE, la playa estaba solitaria. Leía yo un libro de política internacional, contrasentido inexplicable tratándose de mí, aguardando la llegada de Biel.

Luego comprendí que era una muralla. Retardándose mucho mi amigo, ver y gustar su reino me producía tristeza, por lo que trataba de aislarme con las abstrusas consideraciones de ese libro, tan fuera de tiempo y de lugar en mi espíritu.

La vida múltiple, tentándome, restaba fuerzas a mi entusiasmo por la aventura de la aventura y yo adquiriría una conciencia mayor de los impulsos iniciales de la naturaleza, entregado a la ilusión de aquella amistad, mezcla de ternura y asombro, de intimismo y de lejanía.

Es algo distinto. Las fibras todas se disponían a su encuentro, a su exaltación, con dulce

abandono. En la entrega había un renunciamiento. La vida naciendo, semejaba un morir. Clangor y gozo maravillados.

¡LA SOMBRA de las nubes manchaba a retazos el mar con azules más intensos.. Una pareja de albatros volaba serenamente describiendo pequeños círculos. Yo acomodé mis sueños en sus alas.

A Biel no le encontraba por ninguna parte. Había desaparecido. Fui a los sitios que frecuentábamos y pregunté por él a unos amigos. Nadie supo darme la menor noticia.

Maceraba yo mi espíritu en interrogaciones, escrutando hasta lo posible qué causa originaba su ausencia. Y, como me hacía daño, casi procuré desentenderme de su recuerdo.

La pareja de albatros se había duplicado. La sombra de las nubes viajaba y era más azul el mar a la distancia o cerca, junto a los acantilados o rumbo al horizonte.

Contra el brillante aire las figuras de los bañistas se iluminaban y, suspendidos, el ángulo de los albatros iba multiplicándose. Ya era una bandada. Súbito, uno descendía rápidamente, zambullía, hurtaba un pez, volvía a volar o se quedaba flotando en las olas. Eran raudos rayos negros hilvanando el mar con los círculos aéreos. Brotaba mi pensamiento al influjo de estos juegos y mi espíritu se espaciaba. Mi angustia era un vellón aventado por el viento. Una ligerísima partícula esfumándose en las olas.

Tan embebido estaba que no le ví llegar. Pero era él, — ¡él! —, aquella figura alada, más brillante que las otras, de pie en el trampoline, sonriente, moviendo un brazo en un saludo olímpico, antes de lanzarse a las ondas.

Menos que una partícula deshaciéndose en mi

angustia. Nada. Bruma rasgada por el sol. Silencio roto por la armonía.

Un simple gesto borraba mi soledad, mi tristeza, me convertía de nuevo al culto del ensueño.

Biel, nadando, cortaba la sombra de las nubes, y los retazos de mar mas azules unía con los claros. Los olvidados mitos del Anfitriote estremecían el ambiente.

VINO A MI como si no hubiese estado ausente sino un instante.

Un impulso torvo, irresistible, me llevó a decirle:

—A lo mejor, debo pedirte yo excusa, ¿verdad?

—No ha sucedido nada, dijo él.

Me has hecho sentirme en falta. ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—¿Sólo?

—Sí.

Hubo un largo silencio. El partía ramitas, las mordía, las tiraba. Murmuró:

— Fuí a ver a mi madre

— ¡Ah! ¿Por qué no me avisaste?

— Para no disgustarlo. Era mejor marcharse sin que usted lo supiera. Ni se lo dije a los muchachos, para que no les fuese posible enterarlo a usted.

— ¡Tonto!

— Ya estoy aquí.

Y me tendía su mano, leal, fuerte, varonil, transmitiéndome una ternura inefable.

Los albatros había desaparecido. El cielo se quedó sin nubes. El azul del mar ya no cambiaba.

NINGUNA HORA MEJOR para tener la presencia de un amigo como esta hora solemne del atardecer. Me fueron dejando solo. El cielo, blanco, y hasta el aire — ¡yo lo sentía,, yo lo sentía! —, se tornaba lechoso.

A VECES ME ESCRIBIA pequeñas notas, con nerviosa letra, en minúsculos pedazos de papel, en el anverso de un sobre, en el revés de una cajetilla de cigarrillos, para darme cita, para saludarme, para excusarse.

O estando juntos, garrapateaba las más tiernas expresiones y me las ofrecía con la súplica:
—Lo lee cuando yo me vaya.

Era frases ingenuas, muy suyas, expresión de los impulsos de su espíritu sencillo y afectuoso, engrillado en hurañez y respetuoso de nuestras distancia, agrandada, quien sabe, por una especie de admiración, a ese mundo distinto donde yo me movía, lejos de sus alcances.

Pero contrariamente al trato de viva voz, en el cual conservaba el usted, me escribía siempre de tú. “Tu Biel,” firmaba, y “Querido”, era el vocativo.

Un pariente suyo, muy adicto, nos servía de intermediario:

—Tengo algo para usted.

—Dámelo, autorizaba yo.

El aguardaba sin chistar. Yo le daba mi recado. El movía la cabeza y repetía, con sus palabras, mis palabras.

—Eso mismo, concedía yo. O rectificaba su versión.

Me miraba furtivamente. Trataba, a todas luces de leer en mi semblante. Sopesaba mis palabras. En su ignorancia ¿qué misterio divino le inducía a ver en mí, complacido, al amigo de su amigo? Un amigo capaz de darle a Biel lo que no

estaba en su poder ofrecerle. Me enternecía. Era un ángel guardián, imagen del desprendimiento y de la vigilancia. Un gran perro, para el solaz de Biel, y a un tiempo, para protegerlo.

AGUARDABA YO, en cierto modo, los mensajes. La palabra escrita, la transmitida, eran ligazón de afectos en forma dependiente de nosotros mismos tanto como causas extrañas a nuestro ser y convertían en parte del universo nuestra amistad. Nos comunicábamos, a través de lo humano, con los aspectos materiales, al fondo mismo de la esencia divina. Palpaba yo con él, entonces, algo más allá de su yo. Y nuestra amistad, de simple movimiento espontáneo, se convertía en armonía de los mundos, polvo de estrellas y lejanía de mar.

LA ESENCIA de nuestras relaciones era inactual. Me relataba él sus correrías de niño, sus aficiones marinas, una travesura inocente, el recuerdo de un film. Yo apuntalaba su conversación discretamente, en estado de gracia, ingenuo yo también — ¡primera y única vez, lo juro! — y con deseo de conservar en él la frescura de pensamiento sano, ligero, móvil, de imágenes de cuentos infantiles leídos con placer y entusiasmo, subrayando el dedo ansioso cada línea y siguiendo los contornos de los bellos dibujos, estremeciéndose por la atracción de los brillantes colores.

Me placía olvidar las preocupaciones de la guerra, lo estúpido — ¡inolvidable! — y cotidiano de mi trabajo para ganarme un mendrugo, un ramo de rosas y conquistarme un puesto donde, al verme tomando el sol dijeran:

—Tiene ideas raras.

Y me hiciesen el vacío, por apartármese, y resultase en regalo de mis alas.

SE ME PRESENTO conturbado, nuestro mensajero y sin saludarme dióme, un papelito.

Decía: "Amigo, me perderás. Con esas velas tendidas que ahora pasan frente a tus ojos vuelo en busca de mi aventura. No he podido evitarlo. Tira de mí fuertemente y me desamarra de tu puerto, plácido y amable, incitándome al no sé qué del bajar. Adios para siempre, amigo de mi alma. Tu Biel".

Retornaba al misterio, de donde había venido. Era un gesto simple, como todos los suyos. Se desentendía de mí, naturalmente. Yo quedaría en silencio tratando de encontrar sus cabellos flotando a flor de agua o de entrever su rastro luminoso en las espumas saltantes cuando su cuerpo el mar partía. Y me olvidaría de él, ¡si fuese posible olvidar la aurora!

NO PUEDO PRECISAR el tiempo. Pudo ser un día, un año, un instante. Los hechos reales están tan confundidos en el ensueño que no acierto a separarlos. Y yo mismo me pregunto si existió o ha sido una fantasía de fiebre, de sol, de hambre.

Tal vez, tal vez para limpiar mi pensamiento y renacer mi corazón, he creado una hermosa mentira. ¡Estoy rodeado de personas tan desemejantes a mí! Basta una ventana abierta. Basta el paso de las nubes. Basta ver con los ojos cerrados y con los ojos abiertos no ver.

Más, si de pronto me interrogasen: "¿Cuándo?" y me urgiesen: "¿Quién?", ¿Cómo replicarles "siempre" y "nunca," "nadie" y "él"?

HE VUELTO A LA PLAYA, solo. Una gran hoja de almendro, rosa -viejo y amarilla-vino rodando hasta mis pies. Ha caído otra hoja. Y otra. La cresta de las olas relumbra bajo el sol poniente. Los bañistas son estatuas de fuego. Un jovencito

lanza una red. No pesca nada. Tira de nuevo la red. No pesca nada. Torna y retorna a lanzarla. Y siempre la recoge vacía.

La marea sube, angostando la faja de arena. Me atardo, sin sueños, en este placentero lugar donde, de todas partes, pueden brotar recuerdos y anegarme.

La hoja de junto a mis pies se va rodando, enamorada por el viento. La espuma está más blanca. El mar es verdeplata, es blanquísima espuma, es azul purísimo.

Una bandada de gaviotas pesca, lejana, recortándose contra bajas nubes violetas.

El amor enrosca zarcillos en mi corazón. Vendimia en mis arterias. Yo le siento poblarme. Con su gusto y con su olor me embriago. Hasta en la ausencia me presiona la caricia de su alma. Cada ola es un pensamiento. Cada pensamiento es un deseo. Todos mis deseos convergen hacia un punto, y, sin pensar, siquiera, estoy lleno de tí Amor.

Se borró de las olas el oro del sol y las estatuas de fuego, carbonizadas, enseguida, han desaparecido. Quedan las nubes violetas y las gaviotas. Quedo yo. Y una fresca brisa. Y la canción del mar.

Es ahí donde estás, resonando en mis oídos. Cruzándome los poros. Deteniendo o acelerando el ritmo de mi vida.

Ayer, hoy, tal vez mañana. ¿Qué, distinto, ha sido, desde el comienzo? ¿Qué, distinto, será, hasta el olvido de la nada?

Una hoja grande, amarilla y rosa -viejo, se abarquilla en el mar. Inventaré una palabra nueva, la pondré, con un beso, sobre mis dedos, soplaré. Y ella se irá, embarcada en esa frágil nave volandera, a ocultar mi secreto en lo más profundo de las olas.

NO CABE DUDA que yo estoy enamorado y si por mucho, mucho tiempo creí que fuera de Biel, ahora, con la persistencia de mi amor comprendo su verdadera causa: es al mar a quien amo, imperecedera forma de mi amor. Porque es al amor — ¡cómo no he de saberlo, si amo! — a quien amo.